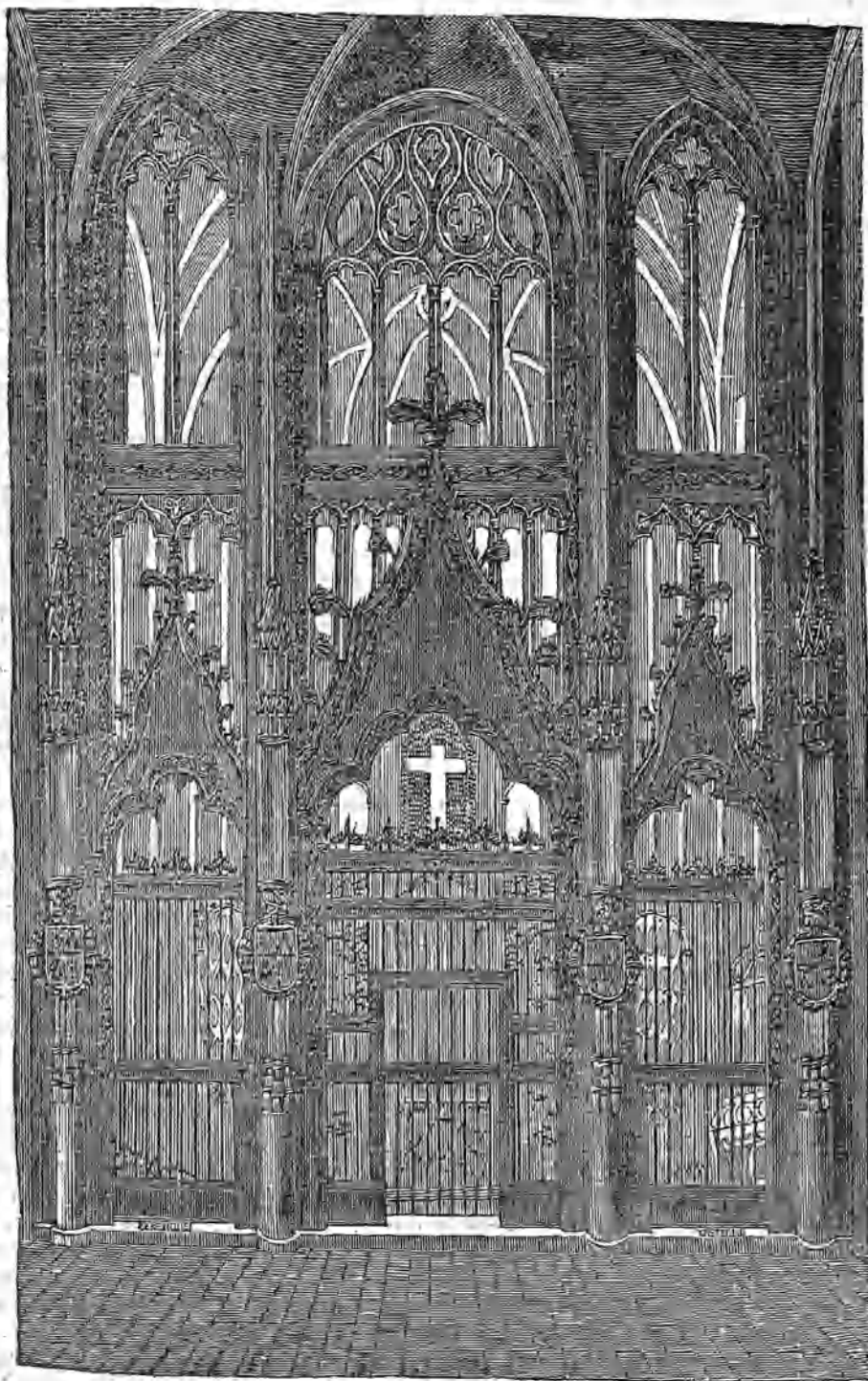


ESPAÑA PINTORESCA.



LA CATEDRAL DE MURCIA.

La iglesia catedral de Murcia está situada en la misma plaza del palacio episcopal. Su fachada compuesta de diferentes mármoles y de sillería tiene dos cuerpos de arquitectura, de orden corintio; el primero formado con ocho columnas estriadas elevadas sobre altos pedestales de mármol azul, cubiertos estos de esculturas en bajo relieve y colocadas delante de igual número de pilastras también adornadas de trofeos, una de las cuales termina también la fachada por ambos lados. Este primer cuerpo está coronado por un friso igualmente rico de adornos, y flanqueado con dos torrecillas reunidas al cuerpo principal por medio de una balaustrada. — El segundo cuerpo se

levanta sobre la parte media del primero; tiene seis columnas con la misma decoración, y está terminado con un coronamiento en que se vé en bajo relieve la imagen de Ntra. Sra. y un Cristo abrazando la cruz. En las diferentes partes de esta fachada se hallan distribuidas 32 estatuas. La puerta principal es de orden corintio, teniendo á cada lado una columna de mármol rojo y azul delante de sus respectivas pilastras y sobre pedestales también azules, adornados de figuras de ángeles, rematando en su parte alta con un grupo de la santa Virgen entre ángeles. Las puertas laterales tienen también columnas rematadas con estatuas de santos.

Año VII.

6 de febrero de 1842.

Esta fachada y puertas, construcciones del siglo pasado, son dignas de atención por el esmero de su trabajo, y consideradas en detalle las diversas partes de que se componen, merecen mayor alabanza que vistas en conjunto, en el cual se advierte algunas faltas de armonía y de gusto en la colocación. También ofrece esta fachada el inconveniente de no hallarse situada en dirección á la plaza, y encontrarse cubierta en parte con el edificio episcopal, de suerte que carece de punto de vista conveniente.

También hay dos puertas de costado, la una antigua con algunas estatuas y riqueza de decoración. La gran torre cuadrada que se eleva en uno de los lados fue comenzada en 1521, y quedó sin terminar hasta el siglo último; está compuesta de seis cuerpos diferentes unos sobre otros y coronada por un octógono que la da una forma agradable y una imponente elevación. Súlese á ella por una rampa suave dispuesta en espiral, y en el hueco que forma está situada la sacristía.

La construcción de este templo comenzó á los fines del siglo XII, y considerado en conjunto ofrece un aspecto magestuoso aunque algo cargado. El interior se compone de tres naves separadas por enormes pilares formados de pequeñas columnas acumuladas; las dos laterales más estrechas que la principal, dan la vuelta entera á la iglesia reuniéndose detrás del altar mayor; el coro y santuario están colocados en el centro como en todas las catedrales de España. En este se conservan los cuerpos de los S^{tos}. Fulgencio y Florentino, y en un rico mausoleo colocado al lado del Evangelio se encierran el corazón y las entrañas de Alfonso el sabio, rey de Castilla destronado por su hijo Don Sancho, á quien los murcianos defendieron con singular fidelidad.

A la entrada de la iglesia se presenta desde luego un domo que cubre el espacio intermedio entre la puerta y el coro. La decoración de este recinto es estrañada y dispuesta con gran confusión; y lo mismo la del trascoro, cubierta con una capilla de la Virgen.

Entre las muchas capillas que hay al rededor de la iglesia la más digna de atención es la llamada *de los Fe-
dez*, cuya portada ofrecemos á nuestros lectores al frente de este artículo. El interior es octógono bastante espacioso, y con una elevada cúpula, y está ricamente decorado con multitud de columnas y adornos góticos aunque recargado en demasía.

Terminaremos aquí este artículo, pidiendo excusa á nuestros lectores por la omisión y acaso las inexactitudes que pueda contener, pues por más que hemos hecho no nos ha sido posible hallar quien nos diese noticias así de este como de otros muchísimos monumentos de España, indignamente olvidados por la inercia y el abandono de los inteligentes. Sobre este punto sería largo el catálogo de nuestras lamentaciones; y si á escribir fuésemos algunas de ellas, el público lector nos dispensaría de muchas faltas, al paso que no podría menos de admirar la constancia con que venciendo obstáculos, repugnancias, y á costa de gastos y fatigas hemos podido hasta el día presentarle multitud de datos nuevos sobre los monumentos del arte español, sino tan estensos como quisiéramos, al menos lo suficientes para formar una idea de las riquezas que poseemos, y que no queremos ó no sabemos apreciar.

CIUDADES ESPAÑOLAS.

SANLÚCAR DE BARRAMEDA Y SU CASTILLO.

(Conclusion Véase el número anterior.)

DESDE el castillo de Santiago lo más notable que presenta Sanlúcar á los ojos del curioso viajero, es la puerta de la iglesia mayor, monumento singularísimo por su mezcla de arquitectura y de adornos góticos y árabes que se ven allí formando un conjunto, aunque cargado, pero que entretiene y cautiva; no sabemos haya en España otra pieza de este género más que esta; es lástima esté ejecutada en piedra bastante desleznable, por cuya causa se encuentra maltratada en algunos puntos: fue labrada por los años de 1368, y costeada por la Sra. Doña Isabel de la Cerda y Guzman, hermana de los duques; sus armas se ven entre los adornos. La iglesia mayor de Nuestra Señora de la O la fundó D. Alonso cuando tomó posesión de la ciudad, y la torre que tiene junto, la creamos, hasta las campanas, por una de las siete que mencionan los escritores de la antigua *Sanlúcar*: en la iglesia nada ha quedado de lo antiguo excepto la portada.

La iglesia de Sto. Domingo fue fundada en el año de 1543, por la Sra. Doña Leonor Manrique de Soto-mayor y Zúñiga. La traza sencilla y elegante de este edificio, que es todo de piedra, sus bellas proporciones, sus atinados adornos, la buena ejecución de ellos, hacen que este templo sea la obra moderna de mayor consideración en Sanlúcar: pertenece al buen tiempo de la arquitectura grecoromana. Es doloroso que se hallen embalsamados con cal de Muron, los muros y columnas interiores y todas sus capillas; y es vergonzoso que en una ciudad de alguna consideración se cometan tales y tales desaciertos con descrédito del gusto y del honor del mismo país.

El estado de esplendor y prosperidad á que llegó Sanlúcar con el descubrimiento del Nuevo Mundo, siendo puerto abierto para el comercio con aquellas tierras, por la excelente posición que ocupa á la desembocadura del río y orillas del mar, la hicieron crecer en población extraordinaria y rápidamente, tanto que en pocos años, á fines del siglo XV y principios del siguiente, se edificó todo lo que llaman *barrio bajo*, cuyo terreno ocupaba antes el mar hasta la cuesta de Belen, y después hasta la Aduana, y así sucesivamente se ha ido retirando. Don Enrique Pérez de Guzman, 7.^o señor de Sanlúcar, concedió privilegio á los *Bretones*, dado en Huelva á 3 de diciembre de 1478, facultándolos para que pudiesen poblar el terreno bajo que iba dejando el mar al pie de las barrancas, donde en el día hay calle con aquel nombre: de aquí data la fecha de esta parte de la población. Con la caída del comercio de América, y desde que en 1687 cesó la habilitación del puerto, los comerciantes se retiraron, y solo existen los labradores y cosecheros de vinos.

Los duques poseyeron el señorío de esta ciudad hasta el año de 1645 que pasó á la corona, según el decreto de Felipe IV, y tomó posesión en nombre de S. M. Don Bartolomé Morquecho, del Consejo Real de Castilla. En 1579 obtuvo título de ciudad, pues antes era solamente villa.

La palabra Sanlúcar la hacen derivar algunos de *Sanc-tus Lucifer*, que así llamaban los antiguos al Lucero, ó á Venus, que adoraban bajo este respecto, como cosa divina

y santa: corrompióse despues en *Salúcar*, que es el nombre que recibió en la dominación árabe, y que conservó despues como consta en escrituras antiguas, y de aquí pasó á llamarse *Sanlúcar*. Algunos estan creídos, y en ello van sumamente errados, que viene este nombre de S. Lucas evangelista, patron de la ciudad; cuando el haberes puesto este pueblo bajo el amparo del santo, es muy posterior al nombre ya citado de *Salúcar*, de donde viene ciertamente el que hoy se le da. El sobrenombre de *Barra meda* lo traemos de *Baria meta*, que significa *medida, marca; señal ó línea* de la barra, para lo que servia un árbol; torre, dicen otros, que se elevaba en el sitio donde existe hoy S. Gerónimo, por donde los navegantes se guiaban para llegar al puerto, salvando los enarques y peligrosos peñascos que tiene en su entrada; llamándose aquel sitio con la vez corrompida *Barra meda* de *Baria meta*. Rodrigo Caro afirma que en su tiempo habia un pino en donde fijaban la vista los pilotos, y esa era la *medida ó señal*, pues habia dos altísimos y extraordinarios, que el uno se recó, y el otro destruyó un rayo, segun refiere el P. Lima (1).

En el sitio llamado de *BONANZA*, se labró la Aduana en los últimos años del anterior monarca, justamente con una iglesia y varias manzanas de casas bajas, cuyas otras juntamente con el muelle llenan de indignacion al que contempla la suma importante que consumieron estos edificios para que esten abandonados; al mismo tiempo que dan un testimonio triste y vergonzoso del arte cuando aparecen las paredes de la iglesia, pues sus arcos se han desplomado; y cuando se observan las piedras del muelle desquiciadas y desprendidas al mar. ¡A qué de consecuencias no dá márgen el solitario arsenal de Bonanza!

La situación ventajosa de Sanlúcar, su temperamento templado en la rigurosa estación del verano, efecto de los vientos frescos de Poniente; su playa alegre y estendida, que proporcionan los baños de mar; las frutas delicadas que ofrecen su terreno, dan á esta ciudad gran nombre en Andalucía, y es frecuentada de infinidad de familias que vienen de Sevilla, Cádiz y Jerez, llamadas por tantos atractivos.

J. COLON Y COLON.

ESTUDIOS HISTORICOS.

LOS ALMOGABARES.

Luego que el poderío de los godos quedó vencido á las márgenes del Guadalete, los restos fujitivos se corrieron hácia el Norte, para evadirse de la persecucion con que les amenazaban los hijos de Mahoma. Mientras que los asturianos se fortificaban al mando de Pelayo en las gargantas de las montañas de Cantabria, algunos aragoneses refugiados en los Pirineos, y á quienes su misma debilidad servia de salvaguardia, inauguraban su independencia en el monte *Pano*, bajo la peña que abrigaba la ermita de S. Juan. Reducidos á un estrecho círculo, sin víveres, sin armas, sin recurso alguno, se vieron precisados á merodear sobre los

países comarcanos, y lanzándose desde las encumbradas crestas que les servian de abrigo, bajaban con un torrente de lava, arrastrando en pos sí cuanto encontraban.

Admirados los árabes de su rapacidad, salian á raudales de ellos cual si fuesen fieras, y les dieron el nombre de *Almogabares*, que significa *soldados robadores*.

Poco tiempo despues estos hombres tan feroces como valientes, se fueron reuniendo bajo la conducta de algunos de los mas esforzados, á quienes reconocian como gefes, aunque sin mas reglas ni disciplina que las que admitia su capricho, viviendo de sus depredaciones, mas como fieras que como hombres.

Su vestido era grosero, su aspecto horrible, sus costumbres desenfrenadas. Una red de hierro, á manera de casco cubria su cabeza, y dejaba asomar por debajo su desgreñada cabellera, que nunca cortaban como buenos godos. Varias pieles sin curtir cubrian sus hercúleos miembros, y unas toscas abarcas les servian de calzado, dejando descubiertos brazo y pierna. No usaban ninguna arma defensiva, ni armaduras que entorpeciesen su carrera, de modo que se les veía lanzarse sobre su presa con la celeridad con que salta el tigre sobre la víctima que acecha, y desaparecer instantáneamente luego que un enemigo superior trataba de atacarlos. Sus armas únicas eran la espada y el venablo, y dos ó tres chuzos no muy largos, que disparaban con tal violencia que solian traspasar de parte á parte un hombre bien armado, como se cuenta de los antiguos escitas. Al entrar en acción golpeaban las espaldas contra las piedras, y arrastraban los chuzos por el suelo diciendo "*despierta hierro*." Rara vez montaban á caballo, aun cuando lo tuviesen, y siempre combatian á pie.

Por lo demas su habitacion ordinaria era en las montañas y entre las breñas, y miraban con desprecio á los que poblaban las ciudades. Cuando alguno pretendia tomar partido con ellos, le imponían por obligacion el no entrar por espacio de un año dentro de poblado, no dormir bajo de techo, ni desnudarse para dormir.

Asi subsistió por largos años esta milicia, hasta que Don Alfonso el Batallador conociendo la utilidad que de ella pudiera reportarse, logró por fin organizarla, y formó con ella la infanteria lijera de su ejército. La caballeria la constituian los ricos hombres con sus vasallos y escuderos montados, los infanzones y los caballeros de mesnada.

El primer hecho de armas que ejecutaron los Almogabares despues de su nueva organizacion, fue la toma de *Castellar*, donde los dejó el rey de guarnicion, para hostilizar desde allí á los moros de Zaragoza, como en efecto lo hicieron, arrasando todo hasta las márgenes del Ebro. Sirvióse tambien de ellos en la toma de las ciudades meridionales de Aragon, que rescató de los moros; y en las entradas que hizo por tierra de Soria y hasta la ciudad de Léon. El Sr. Escosura en su novela del *Conde de Candespina*, que se refiere á esta época, supo sacar un gran partido de estas tropas en varias descripciones.

Siguieron bajo esta forma los Almogabares hasta el reinado de D. Pedro III el grande, en Aragon. Cuando este célebre monarca pasó á la conquista de Sicilia, llevó consigo 8000 Almogabares que hicieron prodijios de valor.

Una de sus mas célebres hazañas, fue cuando 5000 de ellos pasaron en una noche á Calabria y degollaron todo el ejército francés, que con dobladas fuerras estaba acuartelado en Catona, incluso el general conde de *Alençon* y 500 caballeros romanos, que habia enviado el Papa Martino en su ayuda.

Tres años despues entró en Cataluña un ejército francés, de mas de 200,000 hombres con su rey á la cabeza, para tomar posesion de la corona de Aragon, que el Papa Martino IV inesorable con D. Pedro, habia dado al prin-

(1) *Relicario de Sanlúcar la mejor*: escrito por el P. presentado Fr. Tomas Fernandez de Lima, natural de la misma: obra M. S. de mediados del siglo XVII, existe en la biblioteca del expresado seminario, y de ella nos hemos valido en parte para hacer estos apuntes.

cipe *Carlos de Valois*. Pero toda aquella furia se estrelló ante los muros de Gerona, guarnecidos por 2500 *Almogabares* y 130 caballos, que la defendieron mas de dos meses, y salieron con las capitulaciones que quisieran poner. Los continuos rebatos del rey D. Pedro, que con un campo volante interceptaba á cada paso los víveres y las comunicaciones del francés, y la peste que atacó á su ejército, redujeron por fin al orgulloso invasor al extremo de pedir humildemente por mediación del rey de Navarra, que se les permitiese salir del reino. Hé aquí la contestación que dió el rey, la cual por sí sola indica el carácter de los *Almogabares*. "Decid á mi sobrino el rey de Navarra, que por su amor y respeto concederé gustoso el seguro que me pide para la retirada de los franceses; pero que este se entienda respecto á mis caballeros, porque nada puedo prometerle en cuanto á los *Almogabares* que ocupan lo alto de las sierras, que no me será fácil de tener su ardor, ni en esto me querrán obedecer."

En efecto, á pesar de que D. Pedro con todo su ejército fue escoltando aquel convoy fúnebre de cien mil enfermos, que con un soplo pudiera destruir; no pudo estorbar que muchos franceses perecieran á manos de los *Almogabares*, que recordaban los atroces asesinatos de los pocos que habían tenido la desgracia de caer prisioneros. El mismo rey pudo á penas arrancarles de las manos algunos que iban á inmolarse á su venganza, diciendo á los *Almogabares* con tono halagüeño: "os ruego hijos míos que tengáis de ellos misericordia, como Dios la tiene de nosotros."

Cuando el rey D. Jaime II el Justiciero hizo las paces y abdicó el reino de Sicilia, los *Almogabares* y todos los demas aragoneses que habia en este país, sintieron tanto el abandono en que se dejaba á los buenos sicilianos, tan adictos á la casa de Aragon, que se unieron con ellos para defender la independencia siciliana. Por otra parte, los que habia en Aragon llevaron tan á mal la conducta floja del rey D. Jaime, que muchos se desnaturalizaron y fueron á las órdenes de D. Blasco de Alagon, y otros muchos ricos hombres y caballeros catalanes y aragoneses á ponerse al lado de los sicilianos.

Horrible fue la batalla de Mesina, en que se batieron los reyes D. Jaime de Aragon y D. Fadrique, á quien los sicilianos habian aclamado por rey. Ambos reyes eran hermanos, y las galeras de una y otra parte enarbolaban el estandarte de las barras de Aragon: los valientes *almogabares* pelearon entonces por primera vez unos con otros, y mancharon sus espadas con la sangre fraternal. La historia nos ha transmitido el hecho atroz de un caballero aragonés llamado Fernan Perez de Arve, capitán de *Almogabares*, al servicio de D. Fadrique; el cual habiendo recibido orden de D. Blasco de Alagon para que arriase el pendon de la capitana en señal de retirada, dejándose llevar de un acceso de furor, tomó carrera, y se estrelló la cabeza contra el palo mayor del navio, por no cumplir aquella orden deshonrosa.

Durante esta guerra sucedió tambien aquella anécdota vulgar que refieren las historias contemporáneas. Habiendo cogido los franceses algunos *Almogabares* de D. Fadrique, los presentaron al rey Carlos de Nápoles su enemigo, como una cosa rara, pues nunca habian visto aquella tropa. Al verlos, exclamó Carlos con desprecio: "¿y son estos los soldados con que piensa ese aragonés hacerme la guerra?"

—Si tan viles somos (replicó uno de ellos con desenfado) "haz que salga conmigo ó con cualquiera de nosotros el mejor caballero de tu ejército con todas sus armaduras." — Admirado de su arrogancia el rey Carlos, permitió que saliera con él uno de sus caballeros que habia pedido se le concediese castigar al jactancioso prisionero. Esperóle este á

pie firme en medio del pelenque con su chuzo y espada: e francés se presentó á caballo y armado de todas piezas, pero antes que se pudiese acercar al peon, le traspasó este el caballo con su chuzo, y de un salto se puso sobre el caballero que trataba de levantarse: ya iba á meterle la espada por debajo de la gola, cuando le detuvo la voz del rey que le mandaba dejarlo, y los gritos de los maeses de campo que le proclamaban vencedor.

Al concluirse la guerra de Sicilia, quedaron sin ocupacion todos aquellos *Almogabares* y caballeros aragoneses que habian seguido la causa de D. Fadrique. No pudiendo avenirse á vivir en paz, ofrecieron sus servicios al emperador Andrónico, que los recibió como gentes venidas del cielo, segun se esplica *Niceforo*, escritor griego: ofreciéndoles pagas dobles de las que daba á todas las demas tropas que tenia á su sueldo: segun aquella estipulacion correspondia á cada *Almogabar* una onza de plata. A pesar del abandono en que D. Jaime los habia dejado, estipularon tambien los *Almogabares* que no llevarian mas estandartes que el de Aragon y Sicilia. Entonces fue cuando un puñado de españoles llevaron á cabo aquel célebre hecho de armas, conocido en la historia con el titulo de *Expedicion de Levante*, que quizá no tiene igual.

Concluyóse esta célebre milicia en el reinado de D. Pedro el Ceremonioso, ó al menos desde entonces no se la vé figurar en la historia de Aragon. Por lo que hace á los que marcharon á la expedicion de Levante, despues de haber conquistado varios países se apoderaron del Ducado de Atenas, en el cual fijaron por fin su asiento. Permanecieron así por espacio de siglo y medio, hasta que habiendo dejenado sus descendientes del valor primitivo de sus padres, fueron vencidos por el célebre Mahomet II.

Tratóse de suscitar esta milicia en este siglo durante la guerra de la Independencia, cuando el primer sitio de Zaragoza. Creóse en efecto un cuerpo de caballeria, que se vistió con mucho lujo y elegancia, y sin duda por antitesis se tituló á sus ginetes *Almogabares*. La idea fue tanto mas peregrina si se atiende que cada zaragozano era un verdadero *Almogabar*, no solo por su valor indómito é indisciplinado, sino hasta por la escualidez de sus vestidos y las privaciones que espontáneamente sufrían.

V. DE LA F.

COSTUMBRES.

TENGO LO QUE ME BASTA.

«Le peu qu'on travaille est pour parvenir à ne rien faire. Ne rien faire est ici le bonheur.»

Dupati.

Tonos los autores que han tratado de nuestra España han pretendido pintar á su manera el carácter nacional. Conviniendo casi todos por lo regular en nuestra poca afición al trabajo, cada cual ha motivado esta circunstancia en diferente causa. Unos, por ejemplo, dijeron, que era debida á la influencia de un clima ardiente y voluptuoso; otros á la falta de estímulo y galardón; cual la achacó á orgulloso desden; cual á invencible pereza.

Tambien yo he solido participar alternativamente de tan distintas opiniones; pero reflexionándolas bien y combinadas en mi imaginacion aquellas causas, me inclino á creer que las que llamamos tales, no son sino efectos, y que este vicio de nuestro carácter consiste en que no par-

icipamos en general de otro vicio mayor que es el de la ambición; sin cuyo poderoso estímulo todos los tratados morales y las leyes civiles son y serán insuficientes para hacer al hombre transijir con la obligación de trabajar constantemente.

Ahora bien... ¿por qué esta falta de ambición en los españoles; cualidad excepcional que les distingue entre todos los pueblos de la moderna Europa? ¿Será acaso nacida de virtud ascética que imponga un rígido freno á los desmandados deseos del corazón? ¿Será por filosofía práctica y sincero desengaño de las ilusiones del mundo? ¿Será en fin por hallarse todos constituidos en tan feliz situación que nada tengan que envidiar, nada que trabajar para conseguir?

Reflexionemos, pues, y ecbaremos de ver que hay algo de todo; de virtud, de filosofía, y de bienestar. Me explicaré.

Hay algo de virtud, porque virtud es aquella dignidad del alma, que otros llamarán arrogancia, que nos hace repugnante la idea de cometer una bajesa; aquel sentimiento de amor propio que nos inclina á amar la independéncia, y nos traba la lengua si intentamos dirigir expresiones de lisonja y sumisión á otro ser que miramos como igual; aquel invencible tedio con que solemos mirar toda ocupacion en que creamos ver rebajada la dignidad del hombre, toda sujecion que llegue á comprometer su preciada libertad.

Hay algo de filosofía, porque filosofía es la moderacion de los deseos, y la tranquilidad del ánimo, la reduccion de nuestras necesidades al menor término posible, el desprecio de los falsos oropeles, y la uniformidad sistemática, en fin, de nuestro páldio existir.

Hay algo de bienestar; porque bienestar es, el hallarnos acostumbrados á la frugalidad y aun la miseria; comer con alegría el pan moreno; vivir contentos en una mezquina habitacion; envolver la descuidada persona en una parda capa, y recibir sentados largas horas el gratuito beneficio de la presencia del sol.

¿Tengo lo que me basta! esto dice el misero labrador, que en toda su vida ha querido escuchar los consejos de la ciencia, que le dicen que variando sus frutos podría doblar su renta, podría habitar una casa mas cómoda; podría abandonar por otro nuevo el vestido que heredó de sus padres; podría entregarse el dia festivo á un alagüeno recreo, podría resistir con confianza á una mala cosecha, una tormenta, una enfermedad ó otra cualquiera desgracia.

¿Tengo lo que me basta! esclama el descuidado jornalero, que cuenta sus necesidades por el valor de su soldada; que mira en sus callosas manos la única garantía de su existencia; sin querer recurrir á su cabeza á buscar los medios de hacerlas valer mas; que reduce todos sus placeres á la omnívora taberna, y mira el término de sus esperanzas en las solas de un hospital.

¿Tengo lo que me basta! prorrumpe tambien el atareado doméstico, que regalado con las sobras de la mesa de su señor, hace gustoso cesion de su alvedrio, y desóye la voz de su razon que le grita que por si propio pudiera acaso proporcionarse una situación independiente y feliz.

¿Tengo lo que me basta! replica el mezquino mercader, no bien ha dado á su comercio alguna clientela, que le asegura una existencia medianamente cómoda; por eso no cambia sus géneros por otros nuevos; por eso no da mayor vuelo á sus especulaciones; por eso en fin no contribuye como pudiera á la riqueza y civilizacion del país.

¿Tengo lo que me basta! repite el autor á quien sus obras ó sus malos pecados proporcionaron un empleo ó una herencia regular; y por esto renuncia á la gloria de su nombre, y por esto cesa de estudiar y de instruir á sus semejantes; y deja colgada su peñola, y se envuelve y ofusca en la concha de su egoísmo.

— *¡Tengo lo que me basta!* claman en coro el elocuente abogado, el famoso doctor, á quien el trabajo de algunos años ó una boda ventajosa aseguraron una módica renta, una pequeña propiedad; y renuncian por ella á su futura fama, á sus progresivos adelantos, y dejan abandonados á sus clientes, y miran á sus enfermos morir á manos de la ignorancia.

¿Tengo lo que me basta! prorumpen el artista, el poeta, que vieron al pueblo entusiasmado aplaudir sus producciones. Y se duermen al lisonjero ruido de los aplausos, y dejan marchitar sus laureles por no acudir á renovarlos alguna vez.

¿Tengo lo que me basta! decia, en fin, D. Modesto Sobrado, antiguo compañero de mis mocedades, tipo verdadero de la moderacion y desdeñosa indolencia castellanas.

Nacido y criado en una miserable aldea de tierra de Burgos, hubiera transcurrido el resto de sus dias tan unido á su pais natal como los robustos y frondosos robles que adornaban su término, sin cuidarse de saber si el mundo se estendia ó no mas alla de donde alcanzaba su vista.

Una modesta casa de labranza que contaba heredar de sus padres, y en que se habian sucedido cuatro generaciones anteriores; unas viñas y tierras de pan llevar, un caballo y cuatro perros para la caza; y los domingos y fiestas de guardar, una barra para egercitar las fuerzas, y una handurria descordada con que llevar el compas á las mozas del pueblo cuando se presentaban á bailar. Tales eran las circunstancias de nuestro mozo, y tan satisfechas hallabanse con ellas todas sus necesidades, que no hubiera podido comprender al que le hubiese hablado de otras mayores; tanto mas, cuanto que ya sus padres calculando anticipadamente los primeros deseos de la naturaleza, habíanle preparado objeto conveniente y tratado de antemano su futuro matrimonio con una prima suya, de edad proporcionada, y de la misma clase y recindad.

Quiso, empero, la mala suerte, que no bien cumplidos por Modesto los diez y ocho años, y cuando ya el señor cura de la aldea tomaba conocimiento del consanguineo, y solicitaba del provisor la correspondiente licencia para celebrar *in facie Ecclesie* aquella pacífica union; quiso el diablo, vuelvo á decir, que la publicacion de una quinta viniese á interrumpir tan santos proyectos, y á sembrar la consternacion en aquellos corazones que se amaban necesariamente, porque no podian figurarse que pudiesen hacer nada mejor.

En vano los padres respectivos de ambos consortes emplearon su influjo con el señor alcalde para darle á conocer la próxima y sagrada obligacion en que estaban; en vano hicieron un viaje á la ciudad para consultar con el abogado D. Pedancio, é interponer ante la comision de agravios la correspondiente escepcion; no hubo remedio; el abogado cobró sus derechos; la comision hizo su agravio; y su merced el alcalde satisfizo á la pública opinion de los otros tres mozos sorteados del pueblo, incluyendo en el cútaro el nombre de Modesto, que como era consiguiente, y por ser el que mas falta hacia en su casa, sacó la bola negra; aunque malas lenguas contaron entouces que mas que á su signo lo debió al signo del escribano.

Ya tenemos á nuestro joven burgalés medido y filiado; ya los físicos han reconocido su persona, y declarado solemnemente que es muy á propósito para dejarse malar; ya los camaradas han colocado en su sombrero un pedazo de grana con una aleluya, retrato de la magestad reinante; ya en fin, el sargento de reclutas le arranca de sus hogares, y rie de buena fé al observar la desesperacion de los padres, el llanto de la muchacha, y el embarazo y tristura del galán.

Mirémosle, pues, cambiar repentinamente su vida apacible y tranquila por el bullicioso movimiento del cuartel; mirémosle aprender con todos trabajos los ejercicios bélicos, y trasladarse después á las guarniciones y campos de batalla. En todos puntos cumplió sus deberes como valiente y como honrado, y sus buenas cualidades le hicieron desde luego tan buen lugar en la opinion de sus gefes, que pasando sucesivamente por todos los grados inferiores, llegó á merecer en pocos años ver premiados sus servicios con el grado de capitán.

A medida que la suerte le colocaba en mayor altura, hacíanse mas y mas patentes su valor é inteligencia; y ya todos los gefes veían un digno sucesor en el capitán Sobrado, tratándole con aquella consideracion que el mérito superior sabe grangearse aunque se halle encubierto bajo las insignias de un subalterno.

Mas la estremada moderacion de su carácter vino á interrumpir tan brillantes esperanzas, inspirándole un tedio invencible por la agitacion de la carrera militar; despertando sus ideas de reposo, y subyugando su imaginacion con el vehemente deseo de regresar á su país natal.

"Ea bien, (decía contristado en sus frecuentes soliloquios) ya soy capitán; ya conozco lo que valen los agitados deseos de la gloria, el envidiado oropel de los honores militares... ¿á que engolfarme mas y mas en este mar proceloso en busca de una felicidad que tal vez me deje á la espalda, ó á riesgo de una bala que me atraviese el pecho ó de una injusticia que me tuyenene el corazón? Alto alla, osados deseos; dejad de agujonear mi dormida ambicion; soy jóven y honrado; he dado ya pruebas de mi valor; mi patria me agradece y cuidará de mi sosten; mi casa me espera y... *Tengo lo que me basta*: dejemos el resto á los que vienen detrás."

Y con asombro de sus gefes, y con gran sentimiento de sus subordinados, este brillante adalid en quien reposaba mas de una esperanza, solicitó y obtuvo su retiro, y tomó tranquilamente la vuelta de su aldea.

Ocho años eran pasados desde que habia salido de ella, en servicio de la patria, y en ellos, como era de suponer, habian acaecido grandes mudanzas en el pueblo y en su familia. Sus ancianos padres habian muerto ya; sus amigos tambien habian desaparecido casi todos; su futura y ya pretérita esposa, lo era de presente de un hidalgo de las cercanias; y de su ccesaa fortuna, en fin, apenas quedaba sombra ya.

Reflexionó entonces nuestro héroe, y casi se arrepintió de su resolucion en haber dejado el servicio, donde tan prósperamente le sonreía la fortuna. Consideró sin embargo, que á los 26 años, con buena salud, talento y esperiencia de mundo, no estaba en el caso de desesperar de aquella, por lo que haciendo un paréntesis á su natural repugnancia, arregló como pudo sus negocios (que muy poco tenia que arreglar) y se trasladó á la corte, donde por sus buenas relaciones, y mejor suerte, pudo al fin obtener un modesto empleo en la administracion de rentas de una ciudad subalterna.

En este destino su entendimiento despejado y su esquisito celo le hicieron mostrar tal aptitud, que muy en breve logró verse ascendido á mayores comisiones, y propuesto como modelo á los demas empleados del ramo. Pero en el punto y hora en que se halló colocado en una administracion medianamente dotada, allí hizo alto á sus progresos, y descansando apaciblemente en su tranquila posesion, repetía á los que le hablaban de futuros adelantamientos. —"¿Y porque las he de procurar? Soy feliz, *Tengo lo que me basta*." Dejemos á los otros que trabajen para sí."

Un empleo, sin embargo, ya sabe todo el mundo que no es un censo vitalicio, y que son por consecuencia

harto falsos los cálculos que se pueden fundar en él; sobre todo, cuando el que calcula no es intrigante y no está siempre dispuesto á dar asalto á la plaza superior, y defender la brecha que la codicia y la envidia abren en la suya. El empleado, pues, que se estaciona, esté seguro de caer, porque es cosa imposible conservar la inmovilidad en medio de la general agitacion; y en tales casos el no ganar es perder, y el permanecer tranquilo, equivale á quedarse atras.

Nuestro Don Modesto lo era demasiado para seguir tan agitado sistema, y aparapetado (pareciale á él) suficientemente en la observancia de su deber, no cuidaba de saber las mudanzas de gabinete, ni leía las declamaciones periodísticas, ni daba alguna vuelta por las antecámaras de la corte, ni tenia esposa bella que recibiese visitas de los amigos y protectores.

Vese por lo dicho que nuestro hombre era mas propio para los tiempos añejos y poco ilustrados en que no se habia llevado tan á cabo *la perfectibilidad social*; y dejase inferir que á vuelta de sus merecimientos, muy pronto habia de ser condecorado con el título de *cesante* y trasladado como otros miles al inmenso *panteon*.

Cuando esta calamidad llega á los cincuenta ó sesenta de la edad, no tiene cura, y acaba naturalmente con el individuo atacado; mas cuando (como acontoció en el presente caso) el accidente se manifiesta y acomete en la fuerza de la juventud, todavía la naturaleza halla medios de sacudir el ataque, y suéle mostrarse mas érgica como para desmentir la parálisis á que quiso sujetársela.

Asi ni mas ni menos sucedió á nuestro jóven ex-administrador, por lo que en vez de trabajar de nuevo con sus gefes para solicitar una reparacion de aquella injusticia, ó tal vez tomar pretexto de ella para darse á luz como la victima de un partido y órgano natural del otro, recurrió únicamente á sus propios medios; entabló un pequeño giro mercantil; hizo largos viajes por mar y por tierra para estender sus especulaciones; y llegó á conseguir por fin al cabo de algunos años una situacion regular, debida á la fama de su probidad é inteligencia.

En casos tales, cuando la señora fortuna gusta sonreír á un genio emprendedor, es lo natural que el favorecido mortal se deje arrastar de la corriente, y crezcan con el suceso las alas de su ambicion, sacrificando á ella su libertad, su reposo, y su conciencia misma.

Esto es sin duda un extremo vituperable; nuestro protagonista inclinaba como hemos ya visto al lado opuesto. Establecido una vez con regularidad, y calculando prudencialmente cubiertas sus modestas necesidades, cesó de todo punto en sus trabajos; compró una casita de campo y se retiró del bullicio de la ciudad; y dando las gracias á sus corresponsales, se despidió cortesmente de ellos para entregarse de buena fe á esta tranquilidad de vida, á este *dolce far niente* á que siempre habia aspirado como el término posible de la humana felicidad.

Acaso parecerá increíble á mis lectores; pero este hombre, cuya existencia parecen varias diferentes, aunque sometidas á un mismo influjo, habia sabido estudiar durante su larga carrera en el gran libro del mundo (libro abierto para todos, aunque muy pocos sean los que alcanzan á leer en él) y luego que se vió tranquilo y reposado en el interior de un estudio, tomó la pluma; escribió sencillamente y sin pretension sus propias ideas; y cuando á empeño de varios amigos, dejó salir á luz algunas de sus producciones, el general entusiasmo saludó al que de improviso y como contra su propia voluntad se colocaba desde luego entre los primeros ingenios del país. Pero en vano el público esperó algunos años á que nuevas publicaciones viniesen á justificar mas y mas su brillante aparicion en el orbe literario; el descuidado autor, constante en

su sistema de indiferencia, escuchó aquellos elogios, recogió aquellos laureles, y colgándolos como trofeos á la cabecera de su lecho, se volvió del otro lado, y dijo: "tengo lo que me basta;" no quiero ni debo trabajar mas."

Llegó sin embargo un día en que nuestro hombre hubo de reconocer, que ni sus riquezas, ni sus laureles, ni su egoísmo, eran bastantes á llenar un vacío que empezó á sospechar en su corazón. ¿Y dónde dirán VV. que miró escrita esta verdad aquel filósofo práctico, aquel ser aislado é indiferente? Pues fue nada mas que en unos ojos negros, en un lindo talle, en una niña, en fin, de veinte años que la casualidad le puso delante.

Nuestro protagonista rayaba ya en los cuarenta y cinco, y aquella enorme desproporcion de edades le inspiraba respeto. Además habiale siempre tenido á las severas condiciones del matrimonio, y seguro como estaba de bastarse á sí propio, recelaba justamente de poder bastar á un capricho ajeno. Sin embargo, yo no se que aguijon que le habia clavado en el alma, no se que hastio producido ánevemente hasta de su misma saciedad, pudo mas que todas las misantropicas reflexiones; y echando, como suele decirse, pecho á la mar, se resolvió en fin á dar su mano á aquella niña, sin cuya amable sonrisa no podia ya vivir.

Ligado una vez á ella con los sagrados vínculos conyugales, todo su conato se convirtió á inspirar sus propias inclinaciones, lo cual no le parecia imposible en una niña casi sin ideas propias, y ajena de los caprichos y de la exigencia del mundo. No obstante, pareciéndole no ser bastante amado de su esposa, quiso á fuerza de obsequios hacerla olvidar la diferencia de edades; y apresurándose á adivinar sus pensamientos para luego satisfacerlos, compró una casa en Madrid, y se trasladó á vivir en ella.

Las necesidades nuevas crearon otras mayores; la comodidad trajo el lujo; la casa nueva trajo los muebles nuevos; la frecuencia de la sociedad ajena trajo la soledad al hogar propio; con ella vinieron el fausto y las modas, los caprichos y la vanidad. No paró aquí; sino que el amor que habia traído á la mujer, trajo al fin del primer año una hermosa criatura, y al año siguiente otra, y otras dos al tercero; y con ellas vinieron las uodizas pasiegos, y las enfermedades, y los médicos; y luego los ayos y preceptores; y mas adelante los novios de las niñas y los calaveradas de los muchachos; con lo cual D. Modesto llegado á la edad sexagenaria reconoció al fin que no le bastaba lo que tenia ó que solo tenia lo suficiente para ofrecer á Dios en desagravio de su indolencia.

Tarde era ya para que este hombre que con un poco mas de constancia hubiera podido llegar á ser un buen general, un gran funcionario, un poderoso comerciante, ó un distinguido literato, recuperase el tiempo perdido, cuando ya le faltaban las fuerzas y el hábito del trabajo. Reconoció la imprudencia con que habia confiado en el porvenir; vió claramente que no habia tomado en cuenta la larga cadena de necesidades que el hombre va estabouando durante su vida, y que no le es hecho desperdiciar un día solo sin que no haya despues de lamentarle. Por último, de su misma desgracia y de su triste y lamentable fin, dedujo el entonces, y reproduco yo aquí la consecuencia de lo imprudente que suele ser este "tengo lo que me basta" que hace renunciar muchas veces á los hombres y á las naciones á su vitalidad é inteligencia, condenandoles á una voluntaria parálisis, y acaso ataso á su cierta é inevitable ruina.

EL CURIOSO PABLANTE.

USOS POPULARES.

EL CARNAVAL EN TUDELA. — LOS CIPOTÉROS.

LA aproximacion de esta época de locura, en que los hombres, aun los mas sérios, despojándose de su natural gravedad, se entregan á pesar suyo al culto y adoracion del Dios Momo; las descripciones que del carnaval de Milan de Roma y otras capitales populosas he leído con tanto gusto en su apreciable periódico; y el artículo de costumbres provinciales inserto en el número 15 del año próximo pasado sobre la orijinal funcion de *La bajada del ángel*, que se celebra en esta vieja ciudad la mañana del domingo de Pascua de Resurreccion, con tan justo criterio descrita en el tomo sexto del Semanario, me han movido á cortar mi desaliñada pluma, y entretener un rato de ocio en señalar á V. (por si gusta participarlo á sus lectores) otra de las costumbres, que ni el trastorno de los tiempos, ni el flujo económico del siglo han sido poderosas á destruir, y que en nada cede en orijinalidad á la de *la bajada del ángel*.

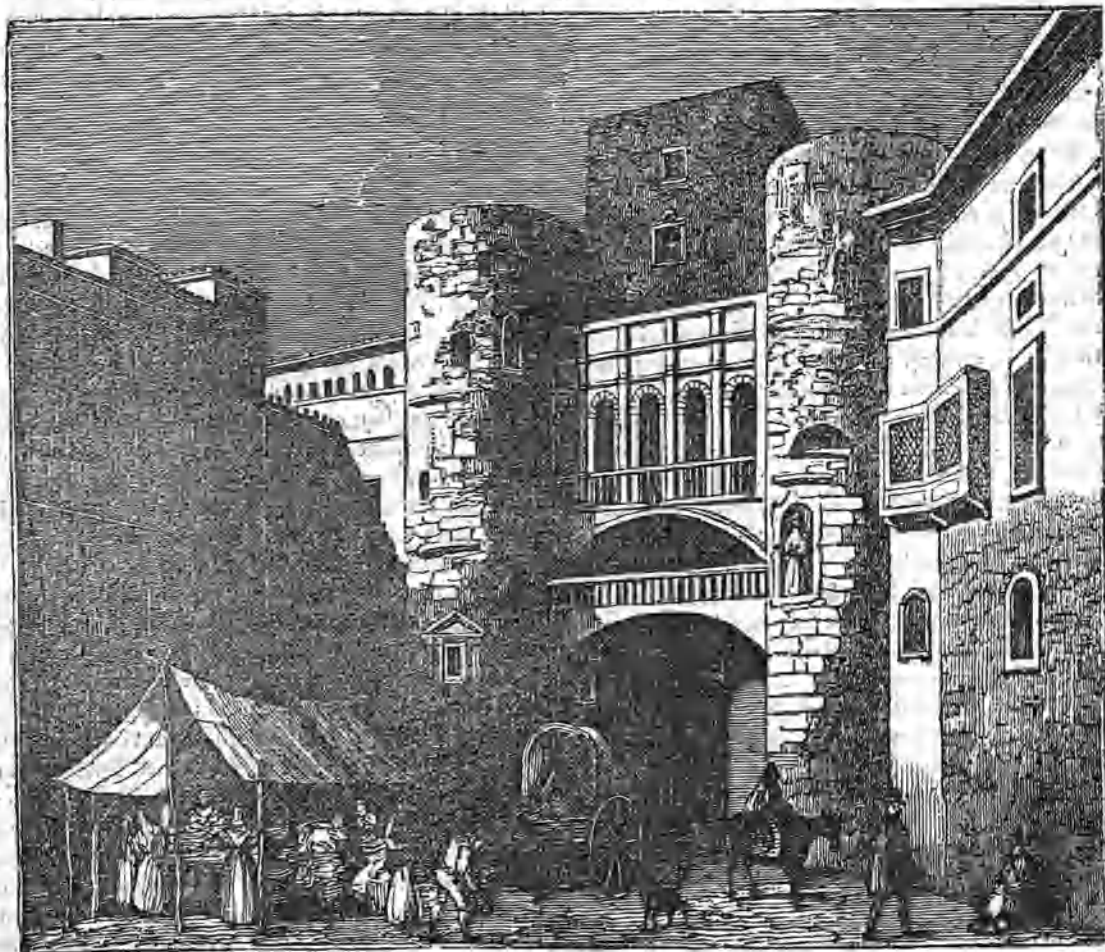
Si Milan ha conservado todavia algunos recuerdos de su antiguo lujo en el carnaval, sustituyendo los dulces y bombones con sus nevados de *cortadoli*, en esta ciudad existe aun en toda su pureza la inmemorial costumbre de *sas cipotéros*, nombre con que se designa vulgarmente á los máscaras ó disfraces que en las tres tardes del carnaval recorren las calles mas principales de ella. Sus trajes en lo general no tienen el mérito de la elegancia y del buen gusto, como que este no constituye el lucimiento del máscara. Un traje de marinero ó de roncales, de aldeano ó de valenciano, una camisa de color ceñida por encima de un pantalón blanco con una faja encarnada, suelen ser las generalmente adoptadas. De su hombro derecho pende una blanca funda de almohada, que atada por una de las puntas de la boca y otra de las del ondon, queda debajo del brazo izquierdo. Su diestra empuña un grueso garrote de cinco palmos de largo, de cuyo extremo cuelga atada á una cuerda una gran bota con pelo, perfectamente henchida de aire, arma de defensa y requisito indispensable del cipotéro. El mas elegante, el que mas se luce, es el que mas veces ha entrado en casa del confitero á llenar su funda de almohada, cuyo peso le abruma, y que bien pronto se alijera al llegar frente á los balcones de sus familias, ó á los que ostentan las gracias de las niñas por quien suspiran los jóvenes de esta cuadrilla. Aquí es el ver el fuego granado de pa-pelotas, dulces sueltas, peladillas y bombones que se dirijen á sus hermosos rostros, ataques de que mas de uno de ellos que no tiene la precaucion de retirarse, suele salir lastimado.

Mientras los unos se afanan en introducir los cucuruchos en los balcones, los otros descargan sendos botazos sobre los muchachos, mujeres y hombres campestres, que por cojer los dulces que no se han acertado á introducir en ellos, reciben con gusto sobre sus espaldas los terribles golpes de las botas hinchadas, que botan sobre ellas como pelotas de goma. Son tantas las arrojadas de dulces que se consumen, que muchos años despues de apurados los repuestos de los confiteros (que no son escasos) y no teniendo que tirar, se han llenado las fundas de pastillas y bolas de chocolate.

Desde el año 33 bien sea por hallarse en esta bastantes familias de los pueblos circunvecinos, refugiadas al abrigo de nuestras débiles fortificaciones, ó por haber estado privados de esta diversion los diez años anteriores, única época en que ha podido sujetarse á esta poblacion, han estado brillantes los carnavales, á pesar de que siempre son muy concurridos de gentes de las buenas poblaciones de 4 y 6 leguas al contorno. Es imponderable la afición que tienen los tudelanos á esta diversion; pues aun en tiempos del despotismo, y á pesar de las rijidas órdenes del supremo consejo de este reino, si los alcaldes eran un poco tolerantes, el pueblo se entregaba con ímpetu á su loca alegría, procurando evitar el encuentro de la ronda que con objeto de estorbarlos, recorría las calles muy pausadamente para dar lugar á que los disfraces, á su vista, variasen de direccion. En uno de los primeros años del siglo actual, habiéndose empeñado el alcalde en cumplir exactamente las órdenes del Consejo, negándose á las súplicas de sus amigos para que

los tolerase, se valieron estos del ardor de encerrarlo con llave en el corredor ó azotes del convento de carmelitas descalzas, donde se estaba paseando despues de comer, y disfrazándose al momento una cuadrilla, al poco rato se llenaron las calles de máscaras, de tal modo que cuando el alcalde pudo salir de su prision, le fue imposible el estorbarlos. Son pocos los que salen las tres tardes, algunos se disfrazan dos, los mas reservan el hacer el cipotéro hasta el último dia, que es el mas divertido; y en verdad que á la par que muy poco económico, es un ejercicio demasiado violento para repetido, porque el cuerpo y los brazos se cansan de dar hotazos, y es preciso conservarse para recorrer las tertulias desde el anochecer hasta las once, hora en que principia el baile en el teatro, punto de reunion donde se espera que alumbre el miércoles de ceniza, como en las noches anteriores se ha esperado la venida del siguiente dia.

Y.



(Puerta antigua de Barcelona.)

Se suscribe al Semanario en las librerías de la viuda de Jordan é hijos, calle de Carretas, y de la viuda de Pax, calle Mayor frente á las gradas. Precio 4 rs. al mes, 20 por seis meses, y 36 por un año. En las provincias en las principales librerías y administraciones de correos con el aumento de porte.

En las mismas librerías se venden juntos ó separados los seis tomos anteriores de la coleccion desde 1836 á 1841 inclusive. Precio de cada tomo en Madrid 36 rs., y tomado toda la coleccion á 30. A las provincias se remitirán los pedidos que se hagan con el aumento de seis rs. tomo, por razon del franqueo del porte.